

Queda nada de la antigua *Jerusalén*; pero es probable que ni esta ciudad, ni ciudad alguna de Judea, pudiera compararse con Babilonia ó Tebas. El pueblo hebreo, fuerte moralmente, fué siempre escaso y débil: su número no excedió nunca de cuatro á cinco millones; su poder no traspuso las montañas del *Líbano*. El palacio de *Salomón* y el Templo; tales fueron las únicas maravillas de que se ufanaban los hebreos. Parece que uno y otro (palacio y templo), fueron construídos por artistas fenicios, que, por lo menos, dieron los ricos materiales de que estaban hechos. Según el libro de los Reyes, era notable por su riqueza el trono de marfil, formado por seis escalones, con dos leones cada uno. El templo, edificado también en tiempo de *Salomón*, se componía de tres partes: en el fondo, el *Sancta Santorum*, (Santo de los Santos) en donde se encontraba el *Arca de la Alianza*, y donde solo el sumo sacerdote tenía derecho á penetrar, una vez al año; en el centro estaba el *Lugar santo*, con el altar de los aromas, el candelero de los siete brazos y la mesa de los panes; delante, se encontraba el *Abrio*, abierto al pueblo, y en el que se sacrificaban las víctimas de animales.

No hay que hablar de escultura en un pueblo cuyas leyes prohibían la representación de seres superiores; y lo cierto es que toda su industria y sus artes, pertenecían á los fenicios. En cambio, en literatura, la Biblia es el monumento más bello y venerable que dejó la antigüedad.

LOS FENICIOS.

I.—Origen de los Fenicios.

Por el mismo tiempo en que los *hebreos* se establecían en el valle del *Jordán*, otras tribus de la raza semítica ocupaban la costa, desde el mar de *Siria* hasta las montañas del *Líbano*. No quedan ruinas, monumentos ni libros de ese pueblo; pero los hebreos y griegos que mantuvieron con él estrechas relaciones, nos han transmitido numerosos detalles de su vida pública, su religión, sus artes, su industria y su comercio. Este pueblo fué el que estableció el lazo de unión entre el Oriente y Occidente, y el que enseñó, en fin, á escribir al mundo.

Ya para el siglo XIII antes de Jesucristo, se elevaban en los islotes de la costa la opulenta *Tiro*, y la ciudad de *Arad*, y en el continente, *Gebel*, *Berite* y *Sidón*. Tan estrecho terreno no pudo contener á tan laboriosos y activos habitantes, y se lanzaron en barcas construídas con los cedros del *Líbano* hasta el extremo del *Mediterráneo*, fundando colonias en las islas y á lo largo de las costas; una de estas colonias, *Cartago*, llegó con el tiempo á tener mayor importancia y poderío que la madre patria y disputó al pueblo rey el dominio del mundo. Según la leyenda, unos tirios expulsados en el siglo IX por una revolución, llegaron á la costa de Africa conducidos por la reina *Elisar ó Dido* (la fugitiva); los naturales no quisieron venderle más terreno que el ocupado por una piel de buey; entonces, la hizo tiras muy delgadas, abarcando así gran extensión de tierra, en que pudo edificar la ciudad que llegó á ser temida rival de Roma.

II.—Organización política y social.

LOS fenicios no constituyeron un imperio; cada ciudad tenía su rey, y su asamblea. Sin embargo, la ciudad de *Tiro* era como el centro de una confe-

deración, en que se reunían delegados de todos aquellos reinos independientes, para discutir los asuntos generales. El gobierno de Cartago era especial: lo formaban dos reyes; pero los asuntos importantes eran discutidos y resueltos por un *Senado*, compuesto por los mercaderes más ricos de la ciudad. Todas las cuestiones las revestían con carácter mercantil; fué así el único pueblo en la antigüedad, donde se formó una clase industrial, comerciante y rica que compartió y que llegó á absorber el gobierno. Los guerreros, en efecto, eran poco importantes en el seno de este pueblo industrial y activo: los habitantes de las ciudades fenicias de Asia, con pagar tributos pudieron escapar á la conquista; *Cartago*, como no tenía enemigos cercanos que temer, se engrandeció, y formó un ejército de mercenarios bien pagados, para defender sus factorías de comercio y el vasto campo de explotación de sus colonias.

Con la plata de las minas de España, con su industria y con los productos de comercio de todo el mundo conocido entonces, los fenicios adquirieron la importancia y el poderío que vastos imperios orientales no alcanzaron á obtener jamás. Ciertamente es que la grandeza de este pueblo se derrumbó á los golpes del héroe macedón y los conquistadores romanos; pero lo es también, que abrieron nuevas vías á la actividad del hombre, dieron el ejemplo de la introducción de un nuevo elemento en el gobierno, modificando las nuevas instituciones asiáticas y facilitaron la civilización de Occidente, por medio de las comunicaciones y el comercio de los pueblos.

III.—Religión.

LA religión de los fenicios, aunque sin influencia sobre las instituciones, era enteramente oriental, y semejante á la de los caldeos. Adoraban al sol y á la luna, como dotados de gran poder que crea y destruye; les daban diferentes nombres y los representaban por medio de ídolos, á veces repugnantes. En *Sidon*, llamaban al sol *Baal-Sidón*, y á la luna *Astoreth*; en *Gebel*, *Baal-Tamuz*, *Baal*, y en *Cartago*, *Baal-Amón* y *Tanith*; pero en todas estas ciudades tenían, igualmente, sus templos, altares y sacerdotes, y en todas los

honraban con orgías, fiestas y sacrificios humanos. Para aplacar la ira de *Baal-Moloch*, á quien consideraban como destructor, colocaban niños vivos en los brazos de un coloso de bronce [imagen del dios], dejándolos luego que cayeran en un abismo de fuego.

IV.—Industria y Comercio.



NO todas las mercancías que trasportaban en sus barcas los fenicios eran de importación extranjera; ellos mismos fabricaban diversos productos, entre otros el bronce, para cuya confección necesitaron ir hasta Inglaterra, [islas casitéridas], para traer el estaño que entra con el cobre en aquella aleación; fabricaban la *púrpura*, tiñendo las telas con un molusco gasterópodo que recogían en las costas de Grecia, y hacían ídolos, utensilios y armas, que vendían á los pueblos todavía bárbaros de Occidente. Pero en lo que no tenían rival era en el comercio; y cuando ningún pueblo se atrevía á navegar, ya eran ellos los comisionistas y traficantes del mundo civilizado en aquella época. Iban, en fin, entre los bárbaros á buscar lo que no hallaban entre los pueblos cultos.

Por tierra realizaban este comercio por medio de caravanas que iban á la *Arabia*, á la *Asiria* y al *Mar Negro*. De *Arabia* traían oro, ágata, ónix, incienso, mirra y perfumes; de *Asiria*, telas, asfalto, piedras preciosas y sedas; y del *Mar Negro*, esclavos del *Cáucaso* y vasos de cobre. Por los puertos de *Persia*, recibían, aromas, perlas, especias, marfil, ébano y plumas de avestruz, de la India, así como la seda y laca de China,

Con Occidente, estos audaces marinos hacían un extenso comercio por mar; para esto, construían con los cedros del Líbano grandes barcas de remo y velas, aprendiendo muy pronto á guiarse por la estrella polar. No solo visitaron todas las islas y las costas del Mediterráneo, y establecieron en ellas factorías, sino que atravesaron las temidas *columnas de Hércules*, (estrecho de Gibraltar), penetraron al Océano, tocaron las costas de *Inglaterra* y tal vez las de *Noruega*. Se supone, en fin, que varios fenicios al servicio de un rey de

Egipto (Neko); dieron la vuelta al Africa, y que un marino cartaginés, *Hamón*, llegó al golfo de *Guinea*. Lo cierto es que establecieron colonias y mercaderías en la costa de Africa, en *Chipre*, *Grecia*, *Creta*, *Sicilia*, *Malta*, *Cerdeña*, *España* y *Galia*, y que con su contacto se civilizaron los pueblos bárbaros de Occidente.

V.—Artes é Inventos.

LOS fenicios no eran artistas; constituían un pueblo de marinos y mercaderes que contribuyeron con su tráfico y comunicaciones á la civilización de los pueblos que ocupaban toda la cuenca del Mediterráneo. Mas, como poderosos y ricos, crearon fama de arquitectos y constructores. *Hiram*, rey de *Tiro*, envió á Salomón los obreros que construyeron el palacio y el templo de Jerusalén. *Tiro* y *Cartago* eran ciudades opulentas; pero la mayor influencia que ejercieron los fenicios en el mundo se debe á la creación de los signos fonéticos de la escritura. Es evidente que muchos pueblos orientales, entre ellos los egipcios y los asirios, empleaban, los primeros desde tiempos desconocidos y los segundos desde el siglo XIII, antes de Jesucristo, algunos signos fonéticos, esto es, que representaban el sonido de letras ó sílabas; pero tales signos se hallaban mezclados con otros ideográficos, símbolos de las ideas ó palabras, y no de los sonidos que las representan en el lenguaje. Esto daba origen á una gran confusión en la escritura, pues que ésta se dirigía al espíritu más bien que á los ojos. La figura de un sol, por ejemplo, así podría significar una divinidad ó el astro de este nombre, como el día ó la luz. El progreso consistió en *escribir el lenguaje* y no las ideas, en *hablar á la vista*, evitando la interpretación, de suyo vaga y arbitraria. Se cree que los fenicios realizaron este progreso, por el vivo deseo que tenían de simplificar los apuntes en sus libros de comercio, y como una especie de signos de abreviación. De cualquier modo, ellos contribuyeron con este sistema de escritura á conservar, propagar y robustecer los conocimientos humanos, y merecen por eso solo un puesto promi-

nente en la historia de la civilización. Hay quienes crean que el sistema de escritura fonética ya existía entre los pueblos de Oriente, y que los fenicios no hicieron más que propagarlo en Occidente; con lo que bastaría para su gloria. Lo cierto es que, más ó menos modificadas, las veintidós letras fenicias se encuentran en todos los alfabetos antiguos: judío, licio, etrusco, griego, itálico, ibero, rúnico, etc. Algunos pueblos, como el judío, siguieron escribiendo como los fenicios de derecha á izquierda; otros, como el griego y el romano, escribieron de izquierda á derecha, costumbre que se generalizó entre las naciones modernas; pero á partir de entonces, solo es civilizado el pueblo que *sabe escribir*. (1).

CAPITULO V.

INDOSTAN.

I.—Origen de la civilización Hindú.

DESDE tiempos remotos y desconocidos el *Indostán* estuvo habitado por hombres cuya historia se ignora; pero como dos mil quinientos años antes de Jesucristo, descendieron de las montañas de *Pamir* unas tribus belicosas, pastores y guerreros á un tiempo mismo, que poblaron, no solo la península que riega el *Ganges*, sino también la meseta del *Irán*. Estos mismos habitantes penetraron por las gargantas del *Caucaso*, y se esparcieron por las llanuras de la *Rusia* y el mediodía de Europa. Las tribus formaban una misma raza, la *Arya*, reconocido y probado por los modernos lingüistas, á causa de la semejanza en los idiomas de todos los imperios que formó; estos imperios fueron los siguientes: el indostánico y el persa, en Oriente; el griego y el romano en Occidente. En este capítulo vamos á tratar de la raza *Arya* que pobló el *Indostán*.

(1) Hasta ahora sólo hemos tratado de los pueblos de raza Chamítica y Semítica; toca tratar de las naciones que constituyó la raza Arya.